

A través del espejo Alcestris y la definición de tragedia

Hugo Hiriart

En los postres, en algún restaurante de París, Orson Welles, gordo, sonriente y legendario, formula, con su ronca voz característica: “Y bien, dime, ¿cuál es tu definición de tragedia?”.

Welles gustaba de plantear esta pregunta. Para calar a su interlocutor, para hacer conversación, por simple gimnasia mental. Su presunción era que toda persona relacionada con el teatro, el cine o las letras, debía contar con una definición de tragedia.

Y ¿cuál es tu definición de tragedia? Algo has de responder: no es cosa de andar haciendo el papelote, en París y con Orson Welles, balbuciendo: “este, este, no sé, déjame ver, ahorita no se me ocurre nada”. Así que, por si las moscas, vamos a explorar la pregunta.

Alguna idea tenemos de lo que es una tragedia. Tal vez no la podemos concentrar en una fórmula brillante y comprensiva, pero un fondo vago está ahí disperso en nosotros. Hagamos recuento.

Comenzamos con lo simple: si la historia o suceso tiene final feliz, entonces no es tragedia. Tragedia implica desenlace funesto y lamentable. Pero ¿vamos a decir que todo suceso o historia con final lamentable es trágica? ¿Basta con eso? No. Aristóteles dice que acción trágica es aquella que vale la pena considerar con atención, que tiene algo de grande, esforzado, heroico.

Es decir, tragedia implica lucha. Lucha implica contendientes que se enfrentan. ¿Quiénes se enfrentan en la tragedia? Aquí hay que poner en juego un elemento esencial de la tragedia: el Destino (así con mayúscula). La lucha de la que hablamos es desigual, los luchadores no son del mismo peso. Se trata de la lucha de una persona con su Destino. Más específicamente, es contienda de la libertad del individuo contra su Destino prefijado.

El espectáculo de la tragedia consiste en presenciar cómo el Destino juega con la libertad del personaje y lo destroza. Esto, dice Aristóteles, tiene función catártica, pues nos libera de las pasiones mediante la compasión y el espanto.

Dados estos elementos, la tragedia es un producto propio del paganismo greco-latino. La mentalidad judeocristiana sustituye este Destino por la Providencia Divina, que no es ni puede ser ciega y brutal, dado que Dios, en esa concepción, es no sólo justo, sino santo. Para el cristiano, por ejemplo, la tragedia es simplemente imposible. Mejor dicho, es un error de apreciación.

Con estos trozos dispersos de nuestra idea de tragedia, habría que acuñar una definición. Pero antes de proponer la que más me gusta, quiero decir dos cosas. La primera es que con esta vaga idea, muchas de las llamadas “tragedias griegas” no son tragedias. Por ejemplo, *Alcestris*, de Eurípides. La segunda es que Simone Weil niega con energía que el Destino tenga algo que ver con la tragedia, pero esta objeción no podemos explorarla aquí.

Alcestris es obra rara: no es tragedia porque tiene *happy end*, y tampoco es comedia porque no es chistosa ni ligera, sino más bien cosa severa, grave. Diría que es más bien un cuento, un viejo cuento popular, elevado a la escena trágica. La Muerte viene por Admeto, pero, obligada por el dios Apolo, acepta dejarlo vivir si él encuentra quien acepte morir en su lugar. Los padres y amigos de Admeto rechazan la sustitución, y sólo su dulce esposa Alcestris accede a morir en su lugar. Aquí empieza la obra de Eurípides: con Alcestris despidiéndose de sus hijos. Luego muere. Pero llega Hércules y, pese al duelo, es recibido con gran hospitalidad en casa de Admeto. Hércules, en agradecimiento

y conmovido por la generosidad de Alcestris, la rescata de la muerte y la devuelve viva a Admeto. Y telón, eso es todo.

Pero, claro, el genio de las grandes obras de teatro nunca está en el argumento. A ver, cuenta en pocas palabras *Hamlet* o *Esperando a Godot*. El talento y disfrute de las obras está siempre en el detalle del trazo de los personajes, en los diálogos y las situaciones. Por ejemplo, pocas escenas se equiparan en brillantez y ferocidad al intercambio de insultos entre Admeto y su padre, el anciano Feres, cuando Admeto trata de convencer al viejo de que muera en su lugar. Y es, desde luego, asombroso que Eurípides haya logrado sacar adelante, sin hacerlo odioso ni repugnante, a Admeto, que tiene la cobardía de aceptar que su mujer muera en su lugar. En la práctica creo que sólo se puede montar la obra si se hace de Admeto un personaje cómico.

Ahora, el punto es este: ¿en qué nos ayudan las vagas ideas o la definición precisa de tragedia en la comprensión de esta pieza? En nada. Más bien son prejuicios estorbosos. Pero de todos modos voy a dar la definición de tragedia que más me gusta, que no es mía, sino de Wittgenstein. Dice así: “la tragedia es trivialidad organizada”. Es trivialidad; Edipo mata a su padre por un incidente de tránsito, eso que los americanos llaman *road rage*, o furia de chofer, que tantos sienten, pero estructurada en esa solemne suma de sucesos que llamamos Destino.

Qué buena definición. En un alarde de descaro, a la Oscar Wilde, podríamos decir: ¿qué importa que la definición sea inútil si es elegante? Después de todo, lo elegante rara vez es útil, y muchas cosas son elegantes precisamente porque son infructuosas y caducas. **U**